

## LA COMUNICACIÓN, UN CAMPO DISCIPLINAR INDEPENDIENTE

Abordar la comunicación como campo disciplinar requiere considerar las múltiples cuestiones que lo configuran desde una perspectiva compleja que dé cuenta de las diferentes problemáticas que lo atraviesan y los diversos saberes que lo constituyen. Se trata de recuperar, a fin de comprender las problemáticas actuales, las matrices de pensamiento fundantes de la disciplina, desde las primeras reflexiones acerca de lo comunicacional hasta su actual institucionalización como campo de conocimiento.

El punto de partida debe ser la referencia que hace Guillermo Orozco Gómez acerca de la triple dimensión de la comunicación: entendida como “proceso humano fundamental, como disciplina de conocimiento y práctica o profesión”<sup>1</sup>. Es decir, en primer lugar la comunicación es considerada un fenómeno que nos constituye como sujetos sociales a la vez que es constitutiva de lo social en tanto sin ella no existiría la sociedad, por lo que tampoco puede reducirse a ciertos aspectos como son las tecnologías para la comunicación.

La segunda dimensión que propone Orozco Gómez refiere a que ese fenómeno –la comunicación- es aprehensible y por lo tanto teorizable, capaz de convertirse en objeto de estudio, reflexión y análisis y devenir en una disciplina de investigación.

En tercer lugar es una práctica profesional para quienes se desempeñan en instituciones, organizaciones, medios de comunicación y realizan actividades tales como informar, opinar, establecer agendas de temas, elaborar estrategias comunicacionales, producir campañas, etc.

La triple dimensión de la comunicación ha posibilitado estructurar de diversos modos sus aspectos constitutivos, dependiendo esto de diferentes momentos históricos y contextos sociales. Así es que, una vez superada la etapa de formación centrada en el periodismo, las concepciones político-epistemológicas hegemónicas en cada tiempo y lugar, permitieron nominar de diferentes maneras los estudios sobre la comunicación.

Éstos, desde sus orígenes, han estado atravesados y en algún modo, determinados por los contextos sociales, políticos y culturales de época. En América Latina podemos ubicar los primeros intentos de sistematización teórica, alrededor de los años 60, desde dos perspectivas: una ligada a la formalización tecnocrática de la comunicación cibernética que agrupa sus estudios bajo los conceptos de Ciencias de la Información y la Teoría Matemática de la Información.

Otra, que parte de una raíz más política, enmarcada en la filosofía marxista y en la Teoría de la dependencia y que propone conceptualizar las prácticas de los sujetos frente a los medios de comunicación, las resistencias de los sectores populares en las luchas por la construcción de sentidos diferentes a los hegemónicos. Enfoques que combinaban el análisis cultural, la sociología de la comunicación, la sociosemiótica y la economía política. Como señalan Grimson y Varela, “...la tríada ideología, poder y

---

<sup>1</sup> OROZCO GÓMEZ, Guillermo (1994): “Comunicadores hacia el año 2000: desafíos pedagógicos de su formación”.

comunicación abordados desde una perspectiva fundamentalmente política y económica, fueron la plataforma de la investigación crítica de la comunicación.”<sup>2</sup>

La característica central de este momento fundacional es la fusión entre múltiples enfoques teóricos -sociología, semiótica, antropología, historia, economía- y diversos espacios de abordaje de problemas comunicacionales –literatura, política- que comienzan a vislumbrar y construir el “objeto empírico” de lo comunicacional.

Raúl Fuentes Navarro refiere que “El estatuto disciplinario de los estudios sobre la comunicación es, quizá, el tema crucial de debate sobre el pasado, el presente y, sobre todo el futuro de nuestro campo académico. En él confluyen los múltiples y complejos factores históricos que determinan su institucionalización, tanto en el plano *cognoscitivo* (saberes teórico-metodológicos) como en el *social* (haceres institucionalizados)”<sup>3</sup>

Roberto Follari se ha interesado por explicar las determinantes históricas que diferencian a la comunicación de otras disciplinas cuyos objetos están científicamente delimitados. Refiere que “...la sociología prioritariamente académica se constituyó, al igual que la física, desde la investigación teórica y empírica, y luego desde su enseñanza universitaria sistemática se convirtieron en profesiones”<sup>4</sup>. En tanto que la comunicación “...ha surgido... desde lo profesional hacia lo académico y no a la inversa. ...el recorte inicial del objeto se ha realizado desde lo profesional. Se ha tratado de ver qué es lo que debe hacer un comunicador, y luego determinar cuáles son los saberes sistemáticos que vienen a cuento en relación a esos quehaceres. No se ha tratado del dibujo inicial de un ‘objeto teórico’ en el sentido diseñado por Bourdieu a partir de Bachelard; el recorte viene desde un ‘objeto de intervención’ –como se lo llama en Trabajo Social-, es decir, desde un espacio de acciones que se entiende como propias de una profesión”.

Follari sigue diciendo que “el recorte realizado... no proviene de una distinción interna al campo científico, sino de una puesta de la ciencia al servicio de una serie de quehaceres predeterminados”. Por lo tanto la comunicología se encarga de abordar un “objeto empírico”, pero que le es propio, sólo que lo hace desde las perspectivas teóricas de diversas disciplinas. Su objeto surge de la necesidad social “...de explicar un espacio concreto de funcionamiento de ámbitos de lo real”<sup>5</sup>

### **Conformación de la disciplina**

En el marco de estas definiciones debe decirse también, que la comunicología es una disciplina decisiva por sus consecuencias sociales en el universo de la mediatización.

---

<sup>2</sup> Grimson, Alejandro; Varela, Mirta.: “Culturas populares, recepción y política: genealogías de los estudios de comunicación y cultura en la Argentina”. En: Mato, Daniel (coord.). *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y CEAP, FACES, Universidad Central de Venezuela, 2002, Disponible en línea: <http://www.globalcult.org.ve/pdf/GrimsonVarela.pdf>

<sup>3</sup> FUENTES NAVARRO, Raúl (1999): “La investigación de la comunicación en América Latina: condiciones y perspectivas para el siglo XXI”. En: *Revista Diálogos de la comunicación*, N° 56. Lima. Perú

<sup>4</sup> FOLLARI, Roberto (2003): “La moldura en el espejo: encrucijadas epistemológicas de las Ciencias de la Comunicación”. *Revista Trampas de la Comunicación y Cultura*, N° 16. Universidad Nacional de La Plata.

<sup>5</sup> FOLLARI, Roberto (2000): “Comunicología Latinoamericana: disciplina a la búsqueda de un objeto”. *Revista Fundamentos en Humanidades* N° 1. Universidad Nacional de San Luis.

En el siglo XXI, es necesario reflexionar acerca de las exigencias de esta época, marcada por reagrupamientos geopolíticos a escala mundial que a su vez se ven condicionados por la crisis económica y financiera estructural que atraviesa una gran parte de los países del mundo. De manera que pensar la comunicación hoy, en este momento de la historia del país, en este momento de la historia de Latinoamérica y del mundo, tiene implicancias que exigen una comprensión que excede la formación profesional, tanto teórica como práctica.

Nos obliga, como siempre, desde los orígenes de los primeros estudios de comunicación, a pensar, a estudiar la comunicación desde la complejidad que le es inherente como campo disciplinar. Pero el desafío es aún mayor, puesto que la vertiginosidad de los cambios tecnológicos que atraviesan, definen y condicionan de diferentes modos la comunicación, tornan aún más compleja la tarea.

El paradigma positivista, blanco de las críticas más enérgicas en el plano del discurso es el que, paradójicamente, determina el perfil de nuestras investigaciones, en el marco de un sistema universitario que, habiendo avanzado visiblemente por otros caminos en los últimos años, conserva sin embargo, en algunos de sus organismos y en la propia ley, la impronta neoliberal que se consolidó en la década del 90.

Reflexionar en torno a la comunicación nos plantea entonces una primera encrucijada. ¿Debemos necesariamente, mirar el objeto? Y si es así, ¿En qué medida es asible ese objeto en un campo que va mutando con la celeridad que impone el vertiginoso avance tecnológico? Quizás debamos coincidir con aquella consigna que también en los 90, proponía Jesús Martín Barbero cuando señalaba: ¿“Hay que perder el objeto para encontrar el proceso”? Ya Schmucler lo había planteado en los ochenta, pero ni en aquél momento ni en los 90 resonaba en nuestros oídos como la exigencia que hoy se nos presenta de manera perentoria. Los avances tecnológicos, lejos de contribuir al esclarecimiento de la situación, dificultan aún más la tarea, pues invitan con demasiada frecuencia a confundir el objeto (la comunicación) con el instrumento (los medios).

Pensar entonces en el proceso de producción social de sentido que significa la comunicación, es pensar en todos los dominios con los que se cruza e intervienen en él, en las diferentes disciplinas que convergen en el análisis comunicacional, pero es también pensarse por fuera de ellos en la medida en que ninguno de ellos, ni la tecnología, ni los medios, ni las empresas, ni el aporte de otras disciplinas, configuran en sí mismos, “la comunicación”.

Los nuevos enfoques de la comunicación retoman aspectos relacionales de los vínculos. Allí ubicados, de acuerdo con Sandra Massoni (2011), lo que sigue luego es explorar ese fenómeno como una conversación multidimensional, compleja, fluida, en la que interesa analizar cómo opera el encuentro entre quienes hablan. No se trata de cualquier conversación cotidiana, sino un vínculo intersubjetivo que configura el mundo deseable y posible para los interlocutores, pero cuyos ejes y tonos se resuelven siempre a medio camino entre lo individual y lo colectivo. Ese es el recorte de lo comunicacional.

Ante la pregunta por el objeto de la comunicación las respuestas son diversas pues se inscriben en diferentes tradiciones investigativas dentro del campo de los estudios sobre comunicación. Así, el mexicano Jesús Galindo Cáceres, habla de la tercera fundación de la comunicación que hoy se registra en Latinoamérica y postula como objeto teórico de la misma a “la información”, entendida ésta como conocimiento que atraviesa tanto áreas físico-naturales como sociales.

Los nuevos enfoques de la comunicación inscriptos en el paradigma de la complejidad (Morín), nos invitan a visualizar cierta ampliación de nuestras competencias como productores y consumidores de medios masivos. La comunicación desde nuevas perspectivas es un eco, una sinergia individual/colectiva, una sintonía que incluye y a la vez excede lo simbólico, porque lo rebasa. Nuestra tarea actual desde estos registros de la cuestión comunicacional es más diversa, en tanto se interesa por las relaciones de afectación mutua de los actores sin concentrarse exclusivamente en códigos y mensajes.

### **Enseñanza de la Comunicación**

¿Qué herramientas, que estrategias, que conocimientos requiere hoy un comunicador para abordar los procesos diversos que la comunicación protagoniza, modeliza, atraviesa? Procesos de orden social, político, pero también económico, financiero y geopolítico. Nada en la comunicación es lineal, binario. Nunca lo fue, ni aún en la más simplificada lógica de transmisión de información. Nunca lo fue, más allá del afán cientificista que en los 50 sustentaba la analogía comunicación-cibernética, como un modo de explicar desde esa lógica y ese discurso (cibernético) los procesos de circulación de información. (Neveu, 2006)

La complejidad del sistema-mundo de hoy, sólo puede ser comprendida si ingresamos en la lógica de los procesos que la constituyen. De poco sirven las competencias, los saberes que habilitan la práctica comunicacional, periodística o de otro orden, si no están enmarcados en una mirada más integral y totalizadora capaz de interpretar los acontecimientos, las decisiones, las acciones políticas, sociales, económicas inscriptas en lógicas que responden a nuevos reagrupamientos geopolíticos, determinados estratégicamente por las potencias dominantes, el capital financiero internacional y las corporaciones multinacionales.

Erik Neveu señala que se pretende cada vez más “hacer de la comunicación una orden expresa, es decir, una práctica necesaria para contribuir a una sociedad más armoniosa”. Quienes hacen comunicación en todos los órdenes y expresiones posibles que abarca ese “hacer” no siempre lo hacen acudiendo al potencial transformador que contiene la comunicación. Asistimos con frecuencia a expresiones y contenidos que dan cuenta de una comunicación despojada de su responsabilidad social y política y, no pocas veces, funcional y tributaria del sistema injusto que impera en nuestro mundo.

Es difícil no ceder a la seducción que el vértigo de los avances tecnológicos propone. La tecnología disponible hoy, al servicio de la comunicación es comparable a la aparición

de la imprenta, por el impacto disruptivo que tiene en las sociedades, en la cultura. Quizás más aún por el crecimiento exponencial que tienen las posibilidades de acceso a esas tecnologías y a la información.

Los medios son eso, medios, no son “la comunicación”. Las redes sociales son espacios donde se construye, donde circula información, a través de los cuales se comunica, pero tampoco son “la comunicación”. La publicidad, el marketing, la propaganda política, se relacionan con la comunicación, se valen de ella, pero no son “la comunicación”. Son las partes de un todo que es la comunicación. Pero en este caso la parte no define el todo.

La comunicación está en otra dimensión de análisis. Incluye todas estas manifestaciones, pero las excede. Todos los campos y disciplinas necesitan de ella, la comunicación también los necesita, pero a la comunicación ningún campo le basta para subsumirse en él. La comunicación no es reductible a ninguna de sus manifestaciones. Porque necesita observar y observarse, analizarse, en relación con las disciplinas de las que se nutre para construir su metodología y analizar la producción de sentido que circula en la sociedad. Se reclama a sí misma herramientas para poder comprender la complejidad del mundo y comprenderse en esa complejidad. Pero no solo eso. La comunicación es también acción. Para la dominación, cuando es funcional al sistema dominante o para la emancipación cuando sus razones son las razones del pueblo. Siempre es acción.

Hoy, es innegable que la Comunicación aporta una especificidad en la mirada de los procesos sociales, políticos y culturales, reconocida ampliamente por las comunidades científicas de otras áreas de conocimiento. El ámbito de la comunicación, en sus múltiples facetas, abarca una particularidad que comprende las prácticas sociales donde la perspectiva de trabajo se asocia a la producción del sentido, incluyendo al periodismo, el derecho a la información, los medios de comunicación, la planificación comunicacional, la fundamental importancia de los procesos comunicativos en la construcción de identidades y la relación de la comunicación con la cultura, entre otros.

Hoy, es necesario pensar la comunicación y pensarse en la comunicación. Hoy, esa tarea lejos está de ser un ejercicio intelectual y académico acotado a los propios intereses y lógicas del campo disciplinar. Existen manifestaciones acabadas del potencial transformador que contiene la comunicación.

La reflexión sobre la comunicación y sus posibilidades para transformar el orden político y social tiene que servir para cambiar, para subvertir viejas estructuras, para concientizar, para movilizar, para interpelar, para comprender la complejidad del mundo en el que vivimos. Si no está destinada a eso, servirá entonces para satisfacer los propios ámbitos de producción y reconocimiento académicos pero no para aportar a un mundo, que mientras avanza vertiginosamente científica y tecnológicamente, asiste impasible a la marginación de millones de seres humanos y a la progresiva destrucción del planeta.

Y si ese pensar es, en términos de Bajtín un pensar situado, esta reflexión se asienta en dos territorios: la nación Argentina en primer lugar y la gran Nación Latinoamericana como imperativo de nuestra propia existencia. Hoy, en el país, la ley de medios audiovisuales habilita un contexto extraordinario y herramientas que abren caminos a

la transformación social. El protagonismo de las carreras de ciencias de la comunicación, información o periodismo de las universidades nacionales hoy es descollante en términos de compromiso, aportes científicos y presencia pública. Sin dudas, eso contribuyó a la sanción de la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual nº 26.522. Como resultado y en el proceso de esa lucha, se ha reconocido el valor y la importancia de la comunicación social como derecho humano. Se ha colocado a la comunicación en una dimensión privilegiada. Así, ha llegado a producirse una situación impensable décadas atrás: que las carreras de comunicación estuvieran incorporadas en la agenda presidencial, junto a otras organizaciones sociales. Pero es claro que una ley por sí sola no promueve los cambios a los que en su concepción está destinada. Los comunicadores que se están formando deben tener dimensión de su protagonismo en los diversos procesos de implementación de la ley, pensando en ese valor agregado imprescindible que debe sumarse a la práctica profesional para que las sociedades avancen, para que los pueblos avancen en su lucha por justicia social, por soberanía, por derechos, que a través de la historia han sido conculcados, salvo en breves pero fundamentales momentos, que han servido para inclinar levemente la balanza, para adquirir conciencia de su propia fortaleza, para ser protagonistas de su propio destino.

En ese sentido, frente a un mundo globalizado, con una cultura transnacionalizada, por mucho tiempo y aún hoy, inevitablemente colonizada, la formación de comunicadores y periodistas exige por parte de las instituciones formadoras un abordaje sólido, capaz de integrar la diversidad en la especificidad imprescindible que reclaman los estudios de comunicación para abordar la complejidad del mundo actual desde un estatuto disciplinar que de cuenta del lugar de centralidad que ocupa la comunicación hoy y, consecuentemente, el aporte a la comprensión y transformación que está en condiciones de hacer.

La mirada al campo disciplinar de la comunicación nos ubica en un territorio cada vez más amplio y vasto, en el que de la mano de la tecnología ingresan cotidianamente, nuevos componentes que complejizan y a la vez renuevan su abordaje. Exige una vuelta reiterada al objeto, al proceso y a los procesos que la constituyen. En consecuencia, la formación en comunicación requiere cada vez más de procesos dinámicos, inter y transdisciplinarios, flexibles en la asimilación de la innovación y avances tecnológicos y culturales, pero a la vez sólidos, profundos y críticos en sus desarrollos teóricos.